

Cuarto Domingo de Pascua - Ciclo A

San Agustín

161. El Buen Pastor

(Sermón 137)

Sobre el Evangelio de San Juan (c.10) donde se habla del pastor, del mercenario y el robador.

1. La salud de los miembros, consustancial a la unidad y caridad.

Vuestra fe no ignora, carísimos, y sabemos lo habéis aprendido del Maestro, que desde el cielo nos adiestra, y en quien habéis colocado vosotros la esperanza, cómo nuestro Señor Jesucristo, que ya padeció por nosotros y resucitó, es Cabeza de la Iglesia, y la Iglesia Cuerpo suyo; y que la salud de este Cuerpo es la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad. Si se resfría la caridad, sobreviene, aun perteneciendo uno al Cuerpo de Cristo, la enfermedad. Cierto es, sin embargo, que aquel que ha exaltado a nuestra Cabeza puede sanar a sus miembros, siempre a condición de no llevar la impiedad a términos de haber de amputarlos, sino de permanecer adheridos al Cuerpo hasta lograr la salud. Porque, mientras permanece un miembro cualquiera en la unidad orgánica, queda esperanza de salvarle; una vez amputado, no hay remedio que lo sane. Siendo El, pues, Cabeza de la Iglesia, y siendo la Iglesia su Cuerpo, el Cristo total es el conjunto de la Cabeza y el Cuerpo. El ya resucitó; por tanto, ya tenemos la Cabeza en el cielo, donde aboga por nosotros. Esa nuestra Cabeza, sin pecado y sin muerte, está ya propiciando a la Dios por nuestros pecados, para que también nosotros, resucitados al fin y transformados, sigamos a la Cabeza a la gloria celeste. Adonde va, en efecto, la cabeza, van también los otros miembros. Siendo pues miembros suyos no perdamos mientras aquí estamos, la esperanza de seguir a nuestra Cabeza.

2. Unidad de Cristo y sus miembros.

Ponderad, hermanos, a dónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed, y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su

Cuerpo, El mismo ha dicho que lo padece El; y, al fin, apartando ese su Cuerpo a la derecha y poniendo a la izquierda a los que ahora le pisan, diráles a los de derecha mano: *Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino que os está apercebido desde el principio del mundo.* Y esto, ¿por qué? *Porque tuve hambre, y me disteis de comer;* y continúa por ahí, cual si Él en persona hubiera recibido la merced. Y en tal extremo es ello así, que, no entendiéndolo, han los de la derecha de responderle diciendo: *¿Cuándo Señor, te vimos con hambre, sin hogar o encarcelado?* El les dirá: *Lo que hicisteis con uno de mis pequeñuelos, a mi lo hicisteis.* A este modo, en nuestro cuerpo está la cabeza encima, los pies en la tierra; sin embargo, cuando en algún apiñamiento y apretura de la gente alguien te da un pisotón, ¿no dice la cabeza: 'Estás pisándome'? Nadie te ha pisado ni la cabeza ni lengua; están arriba, y a buen recaudo; nada malo les ha sucedido; mas, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, fruto de la trabazón que produce la caridad, la lengua no se desentiende del interés común, Antes bien, dice: 'Estás pisándome.' A esta manera dijo Cristo, la Cabeza a quien nadie pisa: Tuve hambre, y dísteisme de comer. ¿Cómo terminó? *Entonces aquéllos irán al fuego eterno, y los justos a la vida eterna.*

3. Cristo es la puerta.

En las palabras recién oídas preséntasenos el Señor, a la vez, como pastor y puerta. Ambas cosas las tiene allí: *Yo soy la puerta y Yo soy el pastor.* Es puerta en relación a la Cabeza visible de la Iglesia; es pastor en relación al Cuerpo, a la Iglesia misma. En efecto, a Pedro, único sobre quien organiza la Iglesia, le dice: *Pedro, ¿me amas? El respondió: 'Señor, te amo.' Apacienta mis ovejas.* Y habiéndole dicho por tres veces: *Pedro, ¿me amas?,* entristecióse Pedro a la tercera interrogación, como si quien había visto la intimidad del negador no viese también ahora la fe del confesor. Hábiale conocido siempre; hábiale conocido aun al tiempo en que Pedro se desconocía a sí mismo. No se conocía éste cuando dijo: *A tu lado estaré hasta morir.* ¡Qué poco sabía él lo grave de su enfermedad! No de otro modo ignoran frecuentemente los enfermos qué les pasa, y sábelo el médico; no lo sabe quien lo tiene, y sábelo quien no lo tiene. .A la sazón, el enfermo era Pedro, y médico el Señor. Aquél decía tener fuerzas, cuando, en realidad, no las tenía; mas el Señor, tomándole el pulso, decía que había de negarle tres veces. Y sucedió a la letra como el Doctor se lo había pronosticado, no como adelantó, jactancioso, el enfermo. Si, pues, le pregunta el Salvador después de la resurrección, no es porque ignorase la gran sinceridad del afecto

que Pedro tenía por El, sino para que una triple confesión de amor borrara la triple negación del temor.

4. Qué se le exige a Pedro.

Luego demandar el Señor a Pedro si le ama.: *Pedro, ¿me amas?*, es como decirle: ¿Qué me darás, qué harás por mí en prueba de tu amor?' ¿Qué había Pedro de hacer en provecho del Señor ya resucitado y a punto de subir a los cielos para sentarse a la diestra del Padre? Era, pues, como decirle: 'Lo que me darás, lo que harás por mí, si me amas, es apacentar mis ovejas; es entrar por la puerta y no encaramarte por otro lado.' Oísteis cuando se leía el Evangelio: *Quien entra por la puerta, éste es el pastor; mas el que sube por otra parte, es ladrón y salteador, y su intención desunirlas, desperdigarlas y llevárselas.* ¿Quién entra por: la puerta? Quien entra por Cristo. Y ¿quién es éste? Quien imita la pasión de Cristo, quien conoce la humildad de Cristo; y, pues Dios se hizo por nosotros hombre, bien claro está que no es Dios el hombre, sino hombre. Quien, en efecto, quiere dárseles de Dios no siendo más que hombre, no imita ciertamente al que, siendo Dios, se hizo hombre. A ti no se te dice: 'Sé algo menos de lo que eres', sino: 'Conoce lo que eres.' Conócete enfermo, conócete hombre, conócete pecador, conoce ser Dios quien justifica, conócete manchado. Pon al raso en la confesión la mancha de tu corazón, y pertenecerás al rebaño de Cristo; la confesión de los pecados suscitará en el Médico ganas de sanarte. El enfermo que dice: 'Yo no tengo nada', no se preocupa del médico. ¿No habían subido al templo el fariseo y el publicano? El primero se ufanaba de tener salud, el segundo mostrábale al Médico las llagas; el primero decía: *Dios, yo te doy gracias porque no soy como el publicano este.* Tomaba pie del vecino para remontarse; por donde, a estar sano el publicano, le hubiera el fariseo mirado de reojo, porque no habría tenido sobre quién empinarse. Mas ¿cómo llegó al templo aquel rostrituerto? Desde luego, no estaba sano; mas, como se decía sano, no bajó curado. Al revés, el otro, la vista en el suelo, sin atreverse a levantarla al cielo, hería sus pechos diciendo: *¡Oh Dios!, sé propicio conmigo, pecador que yo soy.* Y ¿qué dijo el Señor? *Digoos de verdad que bajó éste justificado del templo, y no el fariseo. Porque todo el que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.* Luego los que se empinan quieren subir al aprisco por otro lado que por la puerta; por la puerta entran en el redil los que se humillan. De ahí que éste *entra* y el otro sube. *Subir*, como veis, es buscar las alturas, quien *subeno entra*, sino que cae; mas quien se agacha para

entrar por la puerta, ése no cae, sino que es pastor.

5. Tres suertes de personas que van al aprisco.

Habla el Señor en el evangelio este de tres suertes de personas, que debemos estudiar: el pastor, el mercenario y el ladrón; y entiendo que, al sernos leído, advertisteis las características con que designó al pastor, las del mercenario y las propias del ladrón. Del pastor dijo que daba la vida por sus ovejas y entraba por la puerta; del salteador o ladrón, que subían por otra parte; del mercenario afirmó que, en viendo que ve al lobo o al ladrón, huye, porque no tiene amor a las ovejas: es mercenario, no pastor verdadero. Entra éste por la puerta, por ser pastor; el ladrón sube por otra parte, por ser ladrón; el mercenario, viendo a los que tratan de llevarse las ovejas, teme y escapa, por ser mercenario, porque le tienen sin cuidado las ovejas: al fin es mercenario. Si diésemos con estas tres personas, habría vuestra santidad hallado a quiénes ha de amar, a quiénes tolerar y a quiénes esquivar. Ha de ser amado el pastor, tolerado el mercenario, esquivado el ladrón. Hay en la Iglesia hombres que, según decir del Apóstol, anuncian el Evangelio *ex occasione*, buscando de los hombres su propia medra, ya en dinero, ya en honores, ya en alabanzas humanas. Buscando a toda costa sus personales ventajas, no miran, al predicar, tanto a la salud de aquellos a quienes predicar como a sus particulares emolumentos. Mas quien oye la salud a quien no tiene salud, si creyere en aquel a quien ese tal anuncia, sin poner la esperanza en aquel por quien la salud le es anunciada, quien anuncia, saldrá perdiendo; aquel a quien se anuncia, saldrá ganando.

(**San Agustín**, *Obras X*, B.A.C (2ª Ed.) Madrid: 1965, pp. 649-655)